

LA VISITA

Caí vencido junto al muro del palacete que los Domínguez tenían en la plazuela de San Bernabé. La fresca sombra y el melodioso canto de los pájaros me produjeron gran sopor, producido sin duda, por la larga caminata tras el rebaño que tanto cansancio me ocasionaba, pero que consistía en el único sustento que percibía mi atribulada familia.

Tras darle un trago a mi vieja bota repleta de vino dulce de las cepas de estas tierras: seco, sabroso y con sabor a madeira, y que me supo a gloria, comencé a cerrar los ojos mientras alcanzaba a leer la placa que encajada en la piedra de la fachada de la mansión y que rezaba así: “El rey nuestro señor don Felipe cuarto posó en esta casa en treinta de marzo de 1624 gobernando esta ciudad don Melchor Domínguez Infantes Wasconcelos”...

El arco de entrada de la calle Carmen se encontraba adornado debido a la visita de nuestro reverenciado rey. Guirnaldas de flores, banderas, estandartes reales y macetas emperifollaban balcones, paredes, ventanas y rincones por doquier.

El teniente de Corregidor, Regidor y Gobernador don Melchor Domínguez Infante, su esposa doña Isabel Gamero de Calatrava, hija del Regidor perpetuo de Ronda y familiar del Santo Oficio de la Inquisición junto con su hijo don Tomás aguardaban en el portalón de su residencia a tan ilustre personaje.

La morada había sido limpiada a fondo, los suelos baldeados y ventiladas las estancias. Ramitos de flores de lavanda adornaban los lechos y bandejas con limones y frutas frescas invadían las mesas.

El día apuntaba caluroso. Blancas y diáfanas nubes no se atrevían a tapar el radiante sol para no deslucir tan extraordinario acontecimiento.

La familia Domínguez comenzaba a sudar bajos sus trajes, ellos con jubón, ropilla, calzas, medias y zapatos de piel con amplios lazos y ella con corsé y guardainfante, importado de Flandes, de tal volumen, que le obligaba a entrar de lado por las puertas, guantes cortos abrochados a las muñecas, chapines y magnas joyas de filigrana.

Los guardias apartaban, blandiendo sus armas, a los curiosos vecinos que pugnaban entre ellos por ocupar los mejores sitios en la plaza para ver pasar la comitiva real. La mayoría eran humildes mujeres vestidas con largas faldas y sencillas blusas, todas ellas, ataviadas con pañoletas de paño o lana que esperaban recibir de sus majestades algunas monedas que con suerte arrojarían desde la carroza real.

El ruido del carruaje que anunciaba la comitiva se oía ya por la Plaza del Mercado, desde el castillo atravesando sus tres puertas: de Ronda, de Málaga y la del Mar y por calles aledañas al Consistorio, las lindantes a la cárcel, las contiguas a la albóndiga, por la puerta de la iglesia de la Encarnación, por la entrada al convento de los Trinitarios Calzados, por los portales de el



Hospital Real de la Misericordia, el Hospital Bazán y el de San Juan con su torre-mirador mudéjar.

Algarabía.

El rey don Felipe y su hijo el príncipe don Carlos descendieron de su calesa ayudados por sus lacayos y se dirigieron a la impaciente estirpe. El monarca vestía de solemne negro. Portaba además lechuguilla cubriéndole totalmente la garganta, así como colete, un sombrero de ala ancha y caída, espada y capa.

La hidalga familia saludó a sus majestades: ellos tras descubrirse sombrero en mano, ella con estudiada reverencia y con frases de aprendida cortesía, entrando a continuación en el señorial edificio.

Los habitantes de tan distinguida población volvieron a sus quehaceres diarios, mientras tanto, dentro del palacio, los sirvientes corrían por las habitaciones agasajando a sus moradores con bandejas de carne de aves y botellas de vidrio veneciano llenas de exquisitos vinos y licores.

Lo que dentro de la vivienda se conversó hoy aún nadie lo sabe. Los criados sólo cuchichearon sobre el regio porte de su majestad y la contenida educación de su hijo y los habitantes de Marbella, días más tarde, evidenciaron, como una placa de piedra daba fe de la histórica visita.

Me desperté. El frescor de la caída de la tarde me había enfriado los huesos y lo sentí en mi cuerpo haciéndome estremecer. Anduve el mismo recorrido que el cortejo real había realizado en tan recordada fecha, dejando atrás la vetusta leyenda en piedra, pero a mi paso no me esperaba nadie. Ningún alma se dignó a vitorearme, ni las calles estaban engalanadas a mi paso. Llegué a pensar, iluso de mí, que quizás se debía a mi humilde vestimenta consistente en calzones largos cortados por la rodilla y alpargatas. Entonces caí en la cuenta, que no era frío lo que sentía en mi cuerpo, sino la piel erizada por la emoción de haber vivido con tanta intensidad, aunque soñada, la histórica y real visita.

Nuria Ortiz Tornero

Guadacorte. Los Barrios (Cádiz)

Finalista del III concurso de relatos Marbella Activa.

